

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | | |
|-----------------------------|------------|---------|
| 5 números cada quince días: | Ptas. 0,50 | al mes. |
| 10 | 1,00 | |
| 25 | 2,50 | |
| 50 | 5,00 | |
| 100 | 10 | |

PAGO ADELANTADO

"Este precepto os doy: *Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.*"

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

ALCALDES Y FAROLES

I

Por orden—del Sr. Alcalde—se hace saber—a todos los vecinos—que—en adelante—los—que salgan de noche—han de llevar—un farol.—El que—no cumpla—la orden—pagará—por vez primera—una peseta—por la segunda dos—y—por la tercera—tres días—de cárcel.

¡Plám! ¡rataplám! ¡rataplám! ¡plám! ¡plám!

Este fué el tremendo bando que Mulocho el alguacil promulgó una mañana, en cada esquina de Villabruta.

La gramática estaba muy puesta en razón. La juventud de Villabruta había querido ensayar las regeneradoras ideas bolcheviquis que han convertido a Rusia y Europa en una bolsa de gatos.

Pero el alcalde, más liberal que Riego, temiendo por sus pajares y sus gallinas, se sintió reaccionario y dió el decreto salvador.

II

Los principios del bolcheviquismo fueron muy modestos.

Los proclamó el barbero del pueblo. —¿Solamente en las ciudades puede hacerse de la noche día? No, señor, aquí también *semos* modernos.

Una docena de mozos que escuchaban al orador en el casino republicano, se sintieron superhombres. Los *jóvenes turcos*, como ellos se apellidaban, en vez de acostarse temprano para madrugar, duplicaron las libaciones del alcohol de patata y pasaron las noches en el cafetín, jugándose los jornales. Al principio, el escándalo quedó limitado por las paredes del cafetín; pero se sintieron muy luego dueños de la calle, lugar predilecto de la democracia en mangas de camisa. La salida del cafetín era cada noche más tempestuosa.

Ya no era la rondalla de trovadores, de la flor en la oreja, la guitarra sonora y el tiple parlanchón. Era el ahullido del hombre de las cavernas, el relincho del potro salvaje, la blasfemia sucia y diabólica.

Menudeaban los asaltos a las huertas, las palizas a gentes indefensas, las borracheras en común y las riñas a puñaladas como desenlace.

—Sr. Alcalde, esta noche me han robado las peras.

—Sr. Alcalde, me faltan tres gallinas y dos patos.

—Sr. Alcalde...

Y la tolerante autoridad se encogía de hombros y exclamaba:

—Son cosas de gente joven.

—Nos haremos justicia nosotros.

—Eso no; no permito que se altere el orden. Eso sería una provocación. Aquí estoy yo para hacer justicia.

—Pues hágala.

—Sí, se hará. Les hablaré y afearé su acción, su incorrección.

Y les habló, y, como si callara.

En la noche siguiente no quedó un farol sano en el pueblo. A ladrillazos y con cuerdas hechas lazo, acabaron con los quinqués de petróleo, y dejaron las calles a oscuras. Y como final de fiesta entraron en el melonar del alcalde y sacudieron los cabezos de los concejales. Solo dejaron en la huerta los ajos y las cebollas, que al siguiente día salieron por la boca del alcalde en interjecciones que no están en el diccionario de la Academia.

Su merced tosió fuerte, se subió los pantalones y convocó al cabildo.

Reunidos los municipales, se declararon en sesión permanente.

De aquella asamblea de salud pública, celebrada sin luz y sin taquígrafos, brotó una idea luminosa. Nada de represiones, ni una palabra a la guardia civil. Podrían crear un conflicto perjudicial para las elecciones que se aproximaban.

—Señores, el remedio no es otro que obligar a los que salgan de noche, a que lleven un farol.

Se aprobó por unanimidad la moción luminosa del alcalde.

III

Llegó la noche.

El señor alcalde, después de cenar, se envolvió en su capa, tomó el bastón con borlas, y acompañado del secretario y el alguacil, se lanzó a la calle en ronda nocturna.

Sorprendió al harca rifeña cuando salía tumultuosamente de la taberna.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—España.

—¿Y el farol?

—¿Qué farol?

—El que se ha ordenado en el bando. Y ustedes ¿por qué no lo llevan? El bando es para todos.

El alcalde y sus acompañantes hicieron *mutis* y se retiraron por el foro.

Segunda noche.

El alguacil va delante con un farolillo roñoso, cuya luz de aceite, alumbra menos que la chispa de un pedernal. La ronda se encuentra con los jóvenes turcos al revolver de una esquina.

—¡Alto! ¿Y el farol?

—¿Cuántos son ustedes?—pregunta el más socarrón de la partida.

—Tres, responde el alcalde.

—Pues el bando dice que todo el que salga de noche debe llevar su farol. Ustedes son tres, pues tres faroles. El aturullado alcalde no vió el sofisma.

Nuevo *mutis* de la acobardada autoridad y un relincho en tono brillante como un himno de triunfo.

Los maliciosos del pueblo sacaron una copla para consolarse de la derrota de la digna autoridad.

El alcalde de este pueblo,

ha perdido los calzones

y por las calles y plazas

los busca con tres faroles.

Su merced no pudo pegar los ojos en toda la noche. Sí, señor, monologaba mientras daba vueltas sobre su caletre, se han burlado de mi autoridad. Lo que es mañana... Y alzaba el puño amenazador.

La gente honrada se había puesto a la defensiva. Y aquella noche de la segunda salida alcaldesca, más de un vecino en acecho desde la sombra, con su escopetona cargada con sal, disparó contra alguna popa fugitiva, que quedó cribada por la gruesa munición, causando alguna baja entre los asaltantes y saludable calentura en la víctima, impedida para sentarse por algunos días.

Llegó le tercera noche.

El alguacil, hombre belicoso, pues había peleado en Africa en calidad de ranchero de infantería, preparó el espíritu de su merced.

—Esta noche si no tienen todos su farol, que paguen la peseta, señor alcalde.

—Es que el bando no está muy claro. La ley debía de decir: *cada uno ha de llevar un farol.*

—Promulgué la ley como usted me dijo.

—Bueno, bueno, siga la ronda.
Al tropezar con la cábila, preguntó el alcalde:

—¿Y?

Caminaban los mozos a la deshilada y arrimados a la pared.

Formaron un círculo y dejaron en medio a los tres de la ronda, y con gran soflama, desembarazándose la manta, mostró cada cual su farolillo, pero... apagado. Luego, como una ronda de brujas, giraron en torno del terceto, con el chirimbolo a la altura de los ojos.

El alcalde y sus acompañantes temblaban de ira impotente.

—¿Por qué no los habeis encendido, granujas?

—Porque el bando no lo manda.

—Pero ya se entiende.

—No se entiende.

—Mañana todos encendidos, y si no...

—Y si no ¿qué?

—Pagareis la peseta.

—Si se reforma el bando.

—Se reformará. Alguacil, mañana modifique la ley con esta enmienda: *con el farol encendido.*

Al redoble del tambor municipal, promulgó Milocha la nueva modificación del famoso bando.

Cuarta noche y nuevo encuentro.

—¡Alto! ¿Y el farol?

—No, señor, que paguen la multa, dijo el alguacil.

Los granujas envueltos en sus mantas parecían recatarse exageradamente.

—No queremos pagarla.

—¿Cómo se entiende? ¿Se revelan contra mi autoridad?

—No, señor alcalde.

—Entonces...

Y abriéndose al unísono sacaron cada cual su linterna encendida, que llevaban cubierta con la manta, y como en un coro de zarzuela, balancearon las luces ante los encandilados ojos de los municipales.

Aquí está el farol

que brilla como el sol.

No tenemos rey

y cumplimos la ley.

—¡Por vida del chapiro verde! ¿os habeis propuesto burlaros de la autoridad?

—No, señor alcalde—dijeron con fingida sumisión.

—¿Para qué demonios escondéis las luces?

—Como el bando no ordena que se lleven a la vista...

—Hombre, teneis razón. Pero cuando la letra de la ley no lo dice, hay que atenerse al espíritu.

—¡Ja, ja, ja! ¡El espíritu! Para nosotros no hay más espíritu que el del vino!

—Bueno, mañana se reformará el bando. Alguacil, añada una nueva enmienda al texto primitivo: *cada persona llevará un farol encendido y a la vista.*

Y se promulgó el bando número 100; pero los *turcos* continuaron sus fechorías a la luz de sus candiles, como antes a la luz de la luna o al amparo de las tinieblas. Subió otro alcalde y continuó el jolgorio, el escándalo y las palizas y los desquites de la gente honra-

da que prescindió de la autoridad, que solo servía para maniatar inofensivos. Hasta que tomó las riendas del carro de Villabruta un hombre que tenía mucho pelo en los bigotes y unos pantalones bien puestos. Restalló el látigo y la pandilla se hizo humo, escarmentó a los atrevidos, envió a algunos a Cartagena y a los menos culpables les dijo ciertas cosas al oído que les hizo entrar en razón, guardar el farol y acostarse temprano. Con todo lo cual, los melones y los camuezos del alcalde y los concejales pudieron madurar, el cafetín quebró, «El País» perdió suscripciones y el Rosario de la aurora puede salir sin ser insultados los devotos...

¡Santiago Apostol!, Patrón de España y azote de la morisma! ¿Cuándo tendremos hombres de bigotes y de pantalón ceñido que se dejen de legislar sobre los faroles y metan en cintura la chusma que campa en la impunidad?

Pedro de Arlanza.

EL VALOR

¿Queréis saber qué es valor?

El valor es lo siguiente:

Es domar de los rencores,

La tenacidad sombría,

Es vencer con energía

Desengaños y dolores,

Es poner al crimen freno

Cuando en el alma batalla,

Es decirle al odio ¡calla!

Es ser honrado, es ser bueno.

Es triturar la existencia

Por el bien de los demás,

Es no desoir jamás

Las voces de la conciencia.

Es hacer que el deber sea

El premio de la victoria.

Es triunfar sin tener gloria

Y salir de la contienda

Limpia de infamias la frente,

Limpio el pecho de traición.

Eso es tener corazón.

Eso sí que es ser valiente.

Una mujer ángel

Ninguna mujer tan espiritual, amable y graciosa como la señorita B...; porque quizá ninguna hay tan sólidamente virtuosa como ella. Así está de ufano y dichoso su marido que se complace en presentarla en todas partes sin que jamás, pues su hacienda lo permite, objeto cosa alguna a los pedidos de dinero que le hace su mujer, por supuesto, con gracia incomparable.

Invitada una vez a unos salones, presentóse en ellos espléndidamente con un traje avalorado por unas blondas que excitaban la admiración y algo también... la envidia.

Se bailaba... y un súbito desgarrón hizo caer alguno de aquellos encajes, que al instante oficiosas vecinas recogieron.

Pero he aquí que rápidas, con burlón cuchicheo, circularon estas palabras: *¡Falsos! ¡Son falsos! ¡Son blondas imitadas!*

Al otro día recibió el marido una es-
quela con firma ilegible, en que donosamente se ridiculizaba su *lujo de baratillo.*

¡Espanto del marido!

Llamada la señora, púsose a reír, y dijo llanamente:

—¡Pues es la verdad!

—¡Pero van a decir que estoy arruinado!

—¿Y qué importa, con tal que no sea cierto?

—¿Pero qué es lo que haces del dinero que te doy?

—Aguarda—dijo—y le presentó un registro que contenía considerables *cuentas de pan y de telas que se han dado a los pobres, pagas de alquiler...*

El caballero, casi soltándosele las lágrimas, estrechó la mano de la mujer, al mismo tiempo que le decía:

—¡Tú eres una santa!

—*Todavía no*—le contestó la esposa sonriendo—*pero puedo llegar a serlo, con tal que me lleves menos a las fiestas del gran mundo.*

Por qué se quitó Juan de la bebida

—No bebo; he dicho que no bebo...

Sí, es verdad, he bebido mucho, como el primero; me habeis visto borracho muchas veces. ¿Por qué voy a decir otra cosa? Antes de casarme y después de casado... a pesar de lo que yo quería a aquella pobre... Bastante le hice padecer con esto... Por ella y por no verla llorar y desesperarse me contenía más de cuatro veces... Y por ella casi casi llegué a quitarme de la bebida mientras vivió. Pero cuando la perdí de aquel mal, en cuatro días, tan joven, tan llena de vida, cuando me vi solo con ese hijo, una criatura de cinco años... Aquella mujer tan buena, tan trabajadora, tan sufrida... Como no se ha conocido otra. Vosotros sabéis lo que era para mí. ¡Cuántas veces me lo habeis dicho! ¡Qué suerte has tenido, Juan! ¡Y perderla así, para siempre! ¡Verme solo, entre aquellas cuatro paredes, que se me caían encima... con mi hijo, mal cuidado, mal vestido! ¡Andaba como un loco...! Y por no pensar en nada o pensar menos, volví a la bebida; era mi consuelo. Bebía hasta perder la cabeza. Y entonces me parecía verla junto a mí, que hablaba conmigo... Si me llevaba a mi casa el aguardiente, cuanto más bebía, más verdad me parecía aquella ilusión. Tanto, que mi hijo se abrazaba a mí, asustado, y me decía:

—Pero ¿dónde está mamá? ¿Dónde está? ¿Es verdad que está aquí?

—Sí, aquí está. ¿No la ves?

—No; yo no la veo—me decía llorando y muertecito de miedo.

Una tarde volvía yo del trabajo: al abrir la puerta, oigo gritar y reír a mi hijo... Entro y... ¡No podeis figuraos! Me lo veo con los ojos extraviados, la boca torcida con una convulsión... lloraba, reía, cantaba... todo a un tiempo... ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? Sobre la mesa estaba un frasco de aguardiente vacío... Lo comprendí todo y en un

arrebato de furia fui a pegarle; levanté la mano.

—¿Qué has hecho, granuja? ¿Bebiste el aguardiente? ¡Te voy a matar!

Y mi hijo entonces, con el espanto que le hizo volver la razón, con una voz de angustia que no olvidaré nunca, me dijo:

—¡No me pegues, padre, no me pegues! Fué por ver a mamá, como tú la ves otras veces!

¿Comprenderéis ahora por qué no bebo ni volveré a beber en mi vida...?

Los amigos de Juan apuraron en silencio el último sorbo, alguno con amargor de lágrimas contenidas, y fueron saliendo de la taberna, callados, pensativos, sin mirarse los unos a los otros, con sorpresa de cómplices y remordimiento de criminales. R. T.

PLATICAS SOCIALES

IX

Porque soy un compañero vuestro de trabajo y ante la curiosidad de lo que yo pueda decir en mi plática social de hoy, habeis decidido venir a oirme sacrificando unos momentos a vuestras distracciones, más o menos lícitas, que de todo habrá en la accidentada vida que llevais, fruto de una falta grande de educación religiosa.

Sin embargo, yo os agradezco este favor que me dispensais y pido a Dios que mis palabras sirvan de riego saludable en vuestras almas para que den óptimos frutos de vida eterna...

Os contemplais unos a otros y os reis extrañados de lo que os digo; no empiezan así esas arengas incendiarias que con lamentable frecuencia os disparan vuestros cabecillas, no para llevaros al triunfo de la verdad y de la justicia, ni para que lícitamente se afirmen vuestros intereses de clase y profesión, sino para que, hundiéndoos vosotros, se levanten ellos los agitadores, los charlatanes, los mal llamados amigos del pueblo, pues son precisamente los que le apalean y le degradan hasta convertir su desgracia poco menos que en irremediable.

Pruebas de esto que recuerdo pudiera traerlas a millares aquí, para vuestra enseñanza y conocimiento. Diré algunas porque se que los periódicos que habitualmente leéis os las ocultan u os las niegan, siendo así que son evidentes y demuestran mucho.

La última, la más reciente, el caso del diputado socialista D. Teodomiro Menéndez, que trina a veces, pura comedia, contra la opresión y el insulto de palabra y obra al obrero.

Subía la calle de Hortaleza una regadera mecánica guiada por un pobre obrero de aspecto enfermizo. Quiso la malaventura de este desgraciado que las ruedas del carro resbalasen en los rieles del tranvía y que unas gotas de agua manchasen el pantalón del diputado socialista D. Teodomiro Menéndez, que en aquel momento emparejaba con el vehículo.

El Sr. Menéndez enarboló su bastón

y lo descargó con tal fuerza sobre las espaldas del obrero, que una astilla del palo saltó á gran distancia.»

El mismo D. Pablo Iglesias ¿no llegó á decir que no votaría ninguna ley por beneficiosa que fuera á los obreros si esta ley no salía de sus manos?

Lerroux, entusiasmo de los radicales, ¿no vino á afirmar en pleno Parlamento que todos esos que él había engañado con sus doctrinas era necesario destruirlos por ser gente peligrosa? Claro, él antes no era propietario, no tenía automóvil, ahora sí y pueden estropearle sus plácidas digestiones.

¿Quién era aquel otro que después de estrechar muy familiarmente las manos de sus obreros, se apresuraba a labarse, pues solía decir: *el contacto con la plebe mancha?*

No dijo Voltaire, el apóstol de la impiedad: «demos al pueblo no instrucción, sino cebada?»

Muchos de vuestros redentores no se largan con los fondos que confiadamente pusisteis en sus manos para la defensa o buena marcha de la sociedad, en la que a costa de no pocos sacrificios y privaciones vuestras va recibiendo, sin perdonar fecha, cuotas y más cuotas, días de jornal y otros excesos?

Queriendo redimiros se redimieron convirtiéndose en millonarios un *Pestaña*, *Noy del Sucre* y antes un Eduardo Vaillant, Pablo Lafargue, Bebel, Singer y tantos más que sería prolijo enumerar.

¡Y no obstante, queridos compañeros que me escuchais, a estos llamais vuestros defensores, amigos del pueblo que a cambio de una píltrafa que de vez en cuando os lanzan, se guardan ellos todo lo necesario para darse una vida reglona, sibarítica!

Y no teneis por vuestros amigos a tantísimos como abandonando honores, regalos, riquezas, vida cómoda, se lanzan vistiendo pobre sotana, molesto sayal en busca de dolores que mitigar, tristezas que consolar y sufrimientos que padecer. En ese infinito número de asilos benéficos, en los que muchos de vosotros decís que pensais acogeros cuando el mundo os abandone por inútiles, ¿a quiénes veis trabajando, a los religiosos o a vuestros redentores socialistas? No busqueis a estos jamás junto al que sufre como podreis ver a los católicos de las Conferencias de San Vicente de Paul. no los esperéis en vuestras casas cuando una dolencia prolongada y una falta absoluta de recursos dejen de convertirlos en *materia explotable*; a vuestras casas acudirá entonces el odiado fraile, el *infame* jesuita, la humilde sierva de Jesús. ¿A buscar su provecho? ¡No! a sufrir con vosotros, a remediaros en todo lo que puedan, a ganar vuestras almas para Dios, no para ellos, que reciben en pago de tantos y tales sacrificios volver a ser insultados, calumniados, perseguidos por los mismos a quienes favorecieron... ¿no es verdad lo que digo? Alguien me oye y no dirá que esto no es así. Ved, pues, que la frase *amigos del pueblo* está en vuestro entendimiento mal interpretada.

Odiais y perseguis a los que desean y procuran vuestro bien verdadero, no solo el eterno, sino el temporal, y admirais y seguís a los que sólo os buscan y utilizan como escabel de sus ambiciones insanas, de sus odios, de sus venganzas.

Por esto cuando empezais a daros cuenta de la situación de vuestros corazones, los encontráis no afanosos en mejorar la sociedad, en establecer el sosiego, la paz y el amor entre los hombres todos, sino rabiosos por destruir todo lo existente, cosas y hombres. ¡Qué abominable estado!

Pero no, no es vuestra toda la culpa.

En muchos de vosotros no anima un alma perversa sino un alma pervertida. Como decía al principio, una educación deficiente, lecturas malévolas, infames, asalariados del mal.

Tengo por seguro que si conocierais la Religión tal como es, la amaríais hasta el sacrificio y os convertiríais en sus más decididos defensores. Llegaríais á ser en ella santos insignes como fueron tantos pecadores que al estudiarla se convirtieron y al convertirse llegaron a la santidad.

Si contemplais un pueblo verdaderamente cristiano, le vereis feliz y próspero.

Un pueblo, perfecto socialista, anarquista, etc., es una *merienda de negros*; se han hecho pruebas de ello y se ha visto que así es.

Aquí en este barrio, no lejos de la villa, veo una iglesia que está la mayor parte de los días cerrada; sólo los domingos se abre para una misa y nada más; en otros barrios también cercanos ni iglesia existe. ¡Qué sensible es este abandono! No se a qué achacarlo, pero cuánto mal produce; el mayor de todos la ignorancia religiosa, fuente de las mayores iniquidades.

Se trabaja en evangelizar países lejanos y los tenemos *al pie de casa* que no menos necesitan de estos cuidados.

Abunda en las ciudades y villas el culto religioso, las predicaciones, las iglesias, las catequesis, y aquí cerquita ¡nada!

Mi alma se aflige. Yo quisiera proporcionaros estos beneficios que si al principio los recibiríais con frialdad, con desprecio tal vez, iríais gustándoos poco a poco hasta encontrar en ellos vuestra salvación al igual que en otras partes ha sucedido, pero mis medios y facultades son escasos. Lanzo la idea para que alguno pueda recogerla.

Tal vez otro día, Dios mediante, vuelva a dirigiros la palabra; tendría en ello sumo gusto y os contaré casos edificantes; por hoy no os canso más, perdonadme.

J. O. F.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGIÓN Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

